



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 17 — Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes.

2 MAYO 1878.

Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVIII.

SUMARIO.—Revista de modas, por Joaquina Palmaseda.—*Trajes de visita y salon*: Vestido princesa con drapería.—Vestido de recepción con echarpe-chal.—Traje nupcial de encaje.—Traje nupcial de muselina.—Vestido de recepción.—Vestido princesa para niña.—Vestido plegado para niña.—Dolman bordado persa.—Visita de cachemir.—Manteleta de faya.—Vestido-blusa para niña.—Vestido adornado de flecos para teatro.—Vestido guarnecido de plisés para sociedad ó teatro.—Vestido rico con cola anadida.—Vestido para casa.—Capota de seda gris perla.—Sombrero con ala levantada.—

Sombrero de paja negra.—Cofia adornada con lazadas de cinta.—Cofia con lazos y bridas.—Peinado para sociedad.—Abanico con país bordado.—Abanico con país de encaje.—Puntillas de encaje inglés.—LITRATURA: Un día sin sol, por Sofia Iartilan.—Fantasia crepuscular, poesía por Luis I urán de Leon.—Amor, poesía, por Jesús Pando y Valle.—¡Ondina! traducción, por Josefa Fajol de Collado.—El Bálsamo de las penas, por Angela Grassi.—Explicación de la Lámina de confecciones.—Charada.—Explicación del figurin 1.311

REVISTA DE MODAS.

Las Revistas francesas de modas, como las cartas particulares, se ocupan exclusivamente de la Exposición, que es el acontecimiento de actualidad, y con el cual se enlazan proyectos, viajes, artes, industrias y modas. Hasta la moda quiere formar parte integrante del suceso universal que se celebra; y al efecto, el traje corto de que ya os he hablado, traje que deja descubierto el pie y libres las manos, traje de calle, de fatigas, de excursiones, ha recibido el título de vestido *Exposición*, y no sin propiedad, porque con él podrá una señora confundirse entre la multitud que llene aquel vasto recinto, sin que la pisen y molesten, y atender á las bellezas que allí se encierran sin tener que descuidarlas por acudir al vestido. Algunas temen con fundamento que semejante traje destierre la forma princesa, tan distinguida y magestuosa, pero no hay tal; la forma princesa puede seguir hasta en los trajes cortos, tomando al efecto por modelos los trajes de los niños, que son de esta hechura hace ya mucho tiempo, y son cortos: no obstante, el vestido que parece más indicado para este uso diario y sin gran pretension, es el vestido-blusa, falda, túnica y chaqueta plegada en la espalda y pecho, y ceñida con un cinturón: en este género está el vestido núm. 27 de este mismo número, que lleva la espalda plegada y cierra del pecho con un plastron de dobles botones, y en esta forma de chaqueta plegada se están haciendo trajes de calle y de campo para personas de gran posición, y que imponen ley en la moda.

La casa de *Elias, Infanzon y Compañía*, en la calle del Carmen, que en cuestión de telas de gusto compite con la que más valga, ha traído para esta clase de vestidos telas de mezclas de borra y de cuadrillé, propias de vestidos primaverales, telas hechas para todas las clases; y en telas de más precio, sedería negra y de colores á brochados menudos, y sus imitaciones en lana y seda, é hilo y seda, que despues de hecho el traje será una imitación de los cortes que tanto valen y tanto cuestan. También han traído un vestido *capricho* de hilo crudo ya hecho y con paletot largo, sombrilla, pañuelo del bolsillo, abanico, paje y figurin, todo ello de módico precio, para representar un traje completo; pero estas son bagatelas para una



1 Y 2. TRAJES DE VISITA Y SALON.

1. Vestido princesa con drapería.

2. Vestido princesa con echarpe-chal.

casa que tiene su verdadera representación en la rica sedería y en los encajes.

Siguen haciéndose con insistencia los vestidos en combinación de dos telas, y ya no se comprendería un vestido solo de una: las grandes polonesas ó formas princesa, descansando sobre un ancho volante plegado de otro tono y respondiendo á él los centros de pecho y espalda, ó los bieses y adornos del resto del vestido, son la base de los

de actualidad, y en esta forma acabo de admirar un modelo llegado de París en tela de borra amarilla sobre fondo lila, cerrada recta á un lado por botones de oro, y descansando sobre volante plegado malva (ya os dije en una de mis revistas anteriores que se indicaba de nuevo este color), bajando por los lados de la polonesa dos nesgas malva que se sujetan por detrás con un lazo de largas caídas de cinta lila y malva. La manga, que cierra justa con botones dorados, figura abrirse desde el codo sobre una manga plegada malva que sujetan lazadas de las dos cintas. Otro modelo digno de describirse, es de cachemir y brochado de hilo y seda, éste azul sobre color cacao y de este color el cachemir, con la parte de encima, esto es, la forma princesa, de tela brochada, espalda en cinco costuras, que se detiene corta como chaqueta, prolongándose los costadillos á reunirse con gran lazo de los dos colores sobre la falda de cachemir, de cola cuadrada y lisa: por delante, donde termina el chaleco color cacao, cruza un echarpe de la misma tela azul brochada que va á perderse debajo de los costados de la túnica, terminando la falda de cachemir al borde de adelante un volante á grupos de cinco pliegues, y un espacio liso hasta el costado, donde la cola baja cuadrada. Hácese para muchos de estos vestidos, la manteleta *visita*, de tela igual, como complemento.

En números anteriores creo haberos hablado del *musgo* de encaje como adorno de vestidos y confecciones de Primavera; esto es, de dos encajes cosidos por el pie y rizados, colocados sobre otros iguales, y produciendo todo un escarolado ligero y vaporoso, que se emplea lo mismo en sombreros que en vestidos ligeros ó en abrigos de cachemir de la India: alguna vez este escarolado se enriquece con una cinta perlada y muy estrecha en el centro, ó se siembra de cuentas tornasoladas. Este adorno,

el fleco *laminé* y los deshilados en los rizados de las mismas telas, son los adornos del momento. Los botones dorados ó plateados tienen tambien grande aceptación, porque todo lo brillante está admitido y forma parte del adorno de la mujer: alfileres dorados para la mantilla, peinas y diademas de bolas brillantes, cuentas de cristal en los vestidos, y es tal el frenesí de estos adornos, que hasta me hablan de París de cuellos y puños Riche-

lieu de encaje blanco, sobre el cual van florecitas de colores formando cuentas brillantes al corazón de la flor... No sé hasta qué punto podrán hacer elegantes tales adornos, pero es preciso acogerlos con reserva, porque pudieran ser una de tantas novedades que el comercio inventa para la exportación y que no usa jamás la señora francesa. Baste emplear bolas y cuentas y relumbrones en sombreros y peinados, ya que así lo quiere la moda.

¡Sombreros he dicho! No sé si lo son, la agrupación artística de lazos, plumas y ruches que, formando un grupo sobre la cabeza, se ata con unas bridas debajo de la barba. El sombrero ha llegado á no tener carácter propio, y mientras un modelo que llamaremos *capota* tiene el fondo ligeramente plegado y el ala en diadema, otro, con un fondo elevado y un ala María Stuard, va como un pequeño promontorio sobre el peinado, donde no se tendría seguramente si las bridas no le sujetasen. Hay la *capota* de paja con echarpe de gasa plegado alrededor y el sombrero *alsaciano*, con dos alas, una caída y otra levantada y entre ambas el gran lazo que da nombre al sombrero, y se prolonga en lazadas como una diadema, y hay el *miosotis*, de raso azul de forma capote, plegado y con ruches ó musgo, de puntillas azules tejidas con plata, que al rizarse forman un tono vaporoso, ideal: una pluma con escarchado de plata y bridas de encaje sujetas con lazo azul, completan esta deliciosa creación que necesita acompañar á un traje ligero y distinguido. Las plumas con rocío de plata ú oro, las cuentas doradas ó de cristal de distintos reflejos, dan á los sombreros primaverales un atractivo que no les podrán negar aun las personas menos tolerantes con la volubilidad de la moda.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. TRAJES DE VISITA Y SALON.

(Patron, en números anteriores.)

1. *Vestido princesa con drapería.*—El delantero y costadillos de este modelo, de faya de dos tonos, se completan con la drapería formada por dos paños al hilo, á los que se une la parte de la espalda, que baja recta con un lazo de faya de tono más claro al lado izquierdo: las mangas y el rizado, de 11 cents., que adorna el bajo del vestido, son igualmente de la faya más clara, y completan el adorno del vestido fleco y pasamanería perladas de cristal. Sombrero de castor gris con plumas y cinta de igual color.

2. *Vestido princesa draperido en chal.*—La drapería oblicua la forma un paño al hilo de 75 cents. de ancho, plegado y adornado al borde, terminando por detrás bajo el lazo que recoge la cola. El adorno de la falda consiste en un volante de 14 cents. de ancho con un rizado de 11 á la pegadura, ambos al biés, dobladillos y rizados á gruesas tablas. El plaston de adelante mide 24 cents. de ancho por abajo, 8 del lado y 21 de arriba, y pequeños botones de pasamanería cierran la manga en su costura exterior, correspondiendo á los que por delante cierran el plaston. Este vestido es de cachemir de la India, con las mangas, plaston y adornos de faya más oscura.

3 Á 5. SOMBREROS DE ENTRETIEPO.

3. *Capota de seda gris perla.*—El ala, bullonada, va forrada de raso color rosa, con una ruche de tul blanda; y el fondo, ligeramente bullonado, se adorna con plumas grises y grupo de rosas. Cintas de dos caras rosa y gris.

4. *Sombrero con ala levantada.*—Es de faya negra, con el ala vuelta de adelante y forrada de raso gris: una cinta de raso negro rodea el fondo y forma el lazo de un lado: plumas negras y rosas blancas.

5. *Sombrero de paja negra.*—Es propio para jovencita, y el ala va levantada de un lado, y una cinta sujeta con hebilla de metal rodea dos veces el fondo, completando el adorno del sombrero una malva real, reseda y plumas negras.

6 Á 9. TRAJES DE BODA Y RECEPCION.

6. *Traje nupcial.*—Falda de cola adornada de encajes dispuestos en punta de los dos costados: cuerpo rodeado del mismo encaje, abrochado con trencilla por detrás y manga terminada por el mismo encaje. Corona de capullos de azahar con ramas flotantes que se enlazan entre los tirabuzones y velo á lo judía, cayendo por delante hasta la cintura y por detrás hasta la cola.

7. *Traje nupcial.*—Vestido princesa de faya blanca con drapería en chal y rizado deshilado á los bordes. Cuello vuelto de encaje duquesa y mangas iguales. Gran velo de tul de seda que se coloca sobre la corona de azahar.

8. *Traje nupcial.*—Es de muselina blanca clarín sobre otro de muselina también, escotado el interior y alto el de encima, con cuerpo blusa: el interior lleva el cuerpo á guirnalda bordada que se continúa por la falda, y un cinturón de raso blanco ciñe el talle. Corona de azahar y velo de tul de ilusión.

9. *Vestido de recepcion.*—Vestido princesa de faya azul marino, adornada la falda de varias órdenes de encaje negro fruncido, subiendo por el paño de atrás como indica el grabado: el plaston de la espalda y pecho y el biés que va entre el encaje, son de raso de igual color, y los lazos de raso.

10 Y 11. VESTIDOS PARA NIÑAS.

El núm. 10 es un vestido princesa de cachemir de la India azul, con los delanteros lisos, la espalda plegada y completando el largo un plegado de 22 cents. de ancho, cuya pegadura cubre un biés con dobles vivos de seda, que se repiten en todo el traje.

El núm. 11 es todo plegado y se dispone sobre un forro de cretona, cortado éste por el patron de un vestido princesa y solo desde el caesú el plegado, donde figura ir sujeto cada pliegue con un botón dorado, terminando por abajo bajo el echarpe: completan el largo del vestido tablas alternadas de plegados.

12. DOLMAN (BORDADO PERSA).

Es muy á propósito para personas de talle esbelto en esta época de primavera, bordado en cachemir y ligeramente ouaté. Puede también hacerse de un chal de cachemir de colores que ya no se use.

13 Y 14. ABRIGOS DE ENTRETIEPO.

El núm. 13 es una visita de cachemir de la India con bordado de seda amarilla, que baja por el centro de la espalda y fleco al borde: el sombrero que le acompaña es de paja marrón con bieses de terciopelo, serpentina de oro y un ala tornasolada.

El núm. 14 es una manteleta de faya, que puede cortarse por patrones ya recibidos, y va adornada de faldones perlados, encaje y fleco negros. Sombrero *Toque*, de paja inglesa, con ala de faisán, lazos de terciopelo y hebillas doradas.

15 Y 16. ENCAJES DEL GÉNERO INGLÉS.

Ambos están hechos con la cinta irlandesa, la primera con cinta lisa y la segunda con cinta calada, que ya ella misma forma el entredós. El punto que entra en combinación para ambas, es el cordoncillo, y las termina piquillo de encaje.

17 Y 18. CÓFIAS DE MAÑANA.

17. *Cófia con lazadas de cinta.*—El fondo de esta linda cófia es un óvalo de muselina de 24 cents. de ancho por 73 de largo, cosido á un ala de tul sostenida con alambre; este fondo se reduce del centro con tres dobles pliegues, y el adorno es un rizado á conchas de valencienas con lazadas de raso, formando este mismo adorno caída por detrás.

18. *Cófia con lazo y bridas.*—El ala, de tul de armar, de 3 cents. de ancho por 33 de largo, forma punta en el centro, y por detrás un bullon de muselina une los dos extremos del ala: el fondo es un óvalo de muselina de 40 cents. de largo por 32 de ancho, y se cose al ala, adornada de encaje y cinta de la misma, que son las bridas.

19 Y 20. ABANICOS.

El primero, de ébano esculpido, lleva país de seda negra, terminado por crespon negro bordado de colores. Cordon y borla de seda y oro.

El segundo, de género chino, tiene el pié de bambú y el país de un tejido de paja fina, que á causa de su desigualdad hace resaltar poco la pintura de acuarela; borla de seda natural y oro.

21 Á 27. TRAJES PARA SALON Y PARA CASA.

21. *Vestido-blusa para niña.*—Es para reunión, y se hace escotado de muselina con entredoses calados, plegados y valencienas; cinturón *Médicis* de seda rosa, y mangas bullonadas sobre viso rosa, así como los entredoses todos del vestido.

22, 23 y 24. *Traje con cuerpo de peto.*—Este traje elegante, que nuestros modelos presentan por delante y por detrás, es de faya blanca y gasa adamascada con gran fleco de felpilla. El adorno de falda con plegados y ruches, y tres echarpes de gasa con flecos, van dispuestos en bies (véase el núm. 22), y sujetos de la derecha con una quilla de bieses, flecos y lazos. La cola, cubierta de ple-

gados, se recoge con un lazo de faya, y el delantero del cuerpo forma peto agudo, mientras las espaldas terminan en aldeta cuadrada y plegada terminada por fleco. Berta drapería ó bullonada con solapas vueltas, como la presenta el núm. 24.

25. *Vestido Princesa.*—Lleva escote cuadrado y va adornado de encajes y bieses.

26. *Vestido con cola añadida.*—La cola, de dos varas de largo por 67 cents. de ancho, permite utilizar un chal de granadina bordado y terminado por un fleco que, colocado sobre el vestido, da gran majestad al traje. Este es de raso negro, con falda plegada por delante y cuerpo de peto por delante y por detrás. El chal ó túnica que va encima es de granadina bordada con color tilo y fleco negro y tilo, colocándose el chal con las puntas en el talle y cerrada la orilla del centro con algo de frunce para que resulte redondeada la exterior, colocando sobre los frunces una guirnalda de flores; berta que reproduce el mismo adorno.

27. *Vestido para casa.*—Es de lluvia multicolor sobre fondo gris, con doble falda y chaqueta plegada por detrás y ceñida con cinturón, adornándola por delante plaston con doble hilera de botones. Plegados de la misma tela y vivos de seda adornan el vestido.

JOAQUINA BALMASEDA.



UN DIA SIN SOL.

Parecido, sin duda, al día en que la tradición coloca la muerte de Jesús, amaneció el Jueves Santo de 187.... Pardas y espesas nubes envolviendo el firmamento, llenaban el alma de melancólica tristeza: el viento, húmedo y frío, azotaba el rostro, y las aves, volando rastrearas, presagiaban próxima lluvia.

Algunos viajeros, salidos de Madrid, se encaminaban á la ciudad de Toledo, atraídos por el prestigio que encierra la tradicional grandiosidad de las fiestas religiosas que en tales días se celebran en la antigua corte goda. El deseo de llegar pronto, hacía que á pesar de la bruma que envolvía el horizonte y de los espesos vapores que subiendo de la tierra se enlazaban con las nubes, la imaginación sobreexcitada, se empeñaba en ver, allá á lo lejos, destacándose en el fondo de un cielo nebuloso y sombrío, las enhiestas agujas de las torres de la grandiosa catedral. San Juan de los Reyes se aparecía á los deslumbrados ojos, con sus muros cubiertos por las enmohecidas cadenas, grillos y esposas, arrancadas á los infelices cautivos por la caritativa mano de los antiguos religiosos.

En alas del deseo, recorrían ya los impacientes expedicionarios las estrechas y empinadas calles de la histórica ciudad. A cada ruido creían escuchar las mugidoras aguas del Tajo; y sin embargo, aún faltaban para el término de la jornada algunas leguas, y dos horas largas de camino.

Una de esas discusiones que se entablan sin motivo y terminan sin causa, entretuvo por algunos momentos su febril impaciencia; después el silencio más absoluto se estableció entre ellos. El vehículo que los conducía continuaba avanzando, y á medida que se apartaba de la corte, el aspecto del cielo y el de la campiña cambiaban por completo. Al terreno árido y seco, había sucedido otro más accidentado. Estrechos arroyuelos, en cuyos bordes se balanceaba la amarilla caléndula y la borraja de flores azules, murmuraban con monótona cadencia. En el horizonte, lo que en un principio eran pardas y espesas nubes, convirtiéndose lentamente en ligera bruma; un tenue crespon de color gris-perla envolvía entonces por igual el firmamento en toda la extensión que podía descubrir la mirada. El viento, húmedo y frío, que horas antes azotaba el rostro, habíase tornado fresca brisa, que agitaba apenas las nacientes hojas de los árboles, rizando con suaves ondulaciones los verdes sembrados. Las nevadas flores del almendro perfumaban con penetrante aroma el ambiente, y los tempranos albaricoqueros, sacudiendo su rosada cabellera, dejaban escapar algunas florecitas que, como ligeras mariposas, venían á posarse en los brezos del camino.

Imposible sería pintar con verdadera entonación de colorido toda la poesía encerrada en el cuadro vivo que se ofrecía á su vista. La hermosa mañana del día Santo en que la Iglesia conmemora el augustísimo misterio de la redención del hombre por el sacrificio del Hijo de Dios, se presentaba bella y solemne, como una promesa sagra-

da de amor y perdon. El silencioso lenguaje de la naturaleza, era como un himno entonado al Redentor; y aquella augusta calma de todos los elementos, parecía el símil de las pasiones humanas, avasalladas por la fuerza misteriosa de la conciencia y del espíritu, que tendía en tales momentos á elevarse hasta Dios.

Al salir de Madrid los viajeros de que nos ocupamos, solo habian pensado en hacer un viaje de recreo; y al ver el cielo encapotado, el aire húmedo y las nubes amenazando lluvia, un sentimiento de mal humor habia embargado sus ánimos, viendo frustradas sus esperanzas de divertirse visitando á Toledo. Hubieran deseado para su escursión, que tenia mucho de profana, un día de sol espléndido y radiante, en que el gorgoeo de las aves y el ruidoso despertar de la naturaleza infunde alegría é invita al placer. Querian, sí, visitar la antigua corte goda en Jueves Santo; pero más bien porque en tal día sus calles, sus plazas y sus templos, presentan aspecto de fiesta, que por la solemnidad religiosa de la fiesta misma. Si la lluvia impedía que se verificasen las procesiones, ni las calles estarían adornadas con los ricos tapices, ni las hermosas lucirían sus galas y sus gracias en los balcones ni en los templos. El Zocodover se vería desierto y enlodado; la catedral, envuelta en fúnebre oscuridad, no permitiría admirar sus innumerables bellezas artísticas; las avenidas del soberbio alcázar, inundadas de agua y fango, harían imposible su arribo; el Museo de antigüedades, establecido en los claustros de San Juan de los Reyes, estaría cerrado; la magnífica sinagoga, construida por el tesoro de D. Pedro I de Castilla, el judío Samuel Levi, ocultaría sus maravillas entre las sombras en que en un día lluvioso esconde su elevadísima techumbre; sus preciosos artesonados de ébano y cedro, enriquecidos con oro y marfil, no podrían admirarse; por último, sería imposible subir á la alta torre de la catedral, ver lo colosal de la campana, célebre por su tamaño gigantesco y por su esmerado trabajo, y sobre todo, contemplar desde aquella inmensa elevación, el grandioso panorama que se descubre por los cuatro balcones correspondientes á los cuatro puntos cardinales.

En verdad que á suceder todo esto, los viajeros, en su egoísmo, casi tenían razón; por lo cual se comprende su febril impaciencia con que de vez en cuando consultaban el horizonte buscando en el cielo con ansiosa mirada un pedazo de azul que anunciase la aparición del sol, único medio de realizar las esperanzas fundadas en aquella escursión medio artística, medio de placer. Pero todo era en vano: las nubes permanecían unidas, aunque transparentes, y tras ellas ocultaba su ardiente faz el hijo de *Letona*.

Como todo tiene término en la vida, túvolo también el largo camino que desde la corte conduce á Toledo. Las airosas torres de la catedral se destacaban esbeltas y atrevidas en el fondo gris del firmamento. La ciudad goda, que asentada sobre una inmensa altura, como el nido del águila real, parece dominar con su potente mirada toda la extensión de Castilla, estaba allí, á su vista, ceñida con el cinturón de sus viejos muros, á los que sirve de rico broche el puente de Alcántara con su magnífica puerta, ornada de castilletes, florones y escudos, mientras el Tajo mugidor, tendido á sus piés, como el lebel favorito de una reina, los besa y acaricia.

Corrían ya los primeros días de Abril. Verdes guirnalidas de aterciopeladas plantas trepadoras pendían aquí y allá de entre las agrietadas piedras; donde quiera que una semilla habia podido germinar, un ramillete de variadas flores silvestres ostentaban sus frescas corolas. La malva, con su bellísima flor, istriada de rojo y violeta; la campanilla blanca, la azul no me olvides y la dorada Raquel, bordaban todas las quebraduras de la inaccesible altura en que se reclinaba la reina del aureo río,

*Que allá en los tiempos en que Dios quería,
Oro y coral llevaba en sus arenas.*

Aquel cielo gris, que tanto habia mortificado á los viajeros, favorecía, singularmente, el magestuoso panorama que entonces se presentaba á su vista. Las mugidoras olas del Tajo servían de líquido espejo á las nubes; y con su blanca y rizada espuma, ornaban las verdes orillas. Los viejos muros aparecían dorados, con esos ricos matices que solo puede imprimir la mano del tiempo, y á los cuales, un sol espléndido, hubiera robado parte de su belleza. Las estrechas calles, los góticos miradores, la irregular plaza de Zocodover, el gran patio del palacio arzobispal, el grandioso Alcázar, la puerta Visagro, todo ganaba en grandeza y magestad bajo aquel cielo opaco.

Al entrar en la catedral los expedicionarios, esperaban, sin duda, que la falta del sol les impediría admirar las riquezas artísticas, envidia del mundo; pero sucedió lo contrario. Todos los tesoros del arte podían verse en conjunto y en detalle: la luz penetraba á torrentes por las 750 ventanas que, cubiertas de pintados vidrios, en forma

de rosetones, ojivas, arcos y otros mil caprichos, son uno de los más bellos ornatos de este templo grandioso.

Ébrios de admiración salieron de la catedral para visitar, uno por uno, todos los ricos monumentos que encierra la imperial ciudad; San Juan de los Reyes, la Sinagoga, Nuestra Señora la Blanca, el Museo y el Alcázar, hallando á cada paso nuevos motivos de asombro.

Como atraídos por una fuerza magnética volvieron, después de recorrerlo todo, á entrar otra vez en la catedral: habian comenzado *las tinieblas*. La música religiosa, grave é imponente, llenaba con sus notas las altas bóvedas del templo. Lo que allí sentía el alma es imposible de describir. La pálida luz de aquel cielo gris, pasaba cernida por entre los rosetones, imprimiendo á los objetos una vaguedad misteriosa, inclinando el espíritu al recogimiento y á la oración. Los viajeros, que solo habian entrado en el templo como artistas, oraron como cristianos.

Aun faltaba, para que la expedición fuese completa, una etapa: subir á la torre y admirar de cerca la gran campana, coloso de bronce que, aun hendido como está, conmueve con su potente voz hasta los cimientos de granito en que Toledo se asienta. La ascensión se verificó.

Después de visitar la campana continuaron subiendo hasta el último piso de la torre. El momento habia llegado: era necesario ver para creer. El maravilloso panorama que, desde tal elevación se descubre, es imposible pintarle. El arrobamiento más absoluto embarga el ánimo, y solo es dable sentirlo: ante tanta grandeza se comprende mejor á Dios.

El cielo continuaba cubierto por un crespon ligero y transparente. La tarde avanzaba, y se hacía necesario emprender de nuevo el camino de Madrid. Los viajeros abandonaron con pena la antigua corte goda, saliendo por la puerta y puente de Alcántara, para pasar el Tajo, y desde la opuesta orilla contemplarlo por última vez. Por última vez también miraron destacarse del fondo de aquel cielo plomizo y sin nubes, las infinitas agujas de la torre, que, atrevidas, van á perderse en el espacio; y al contemplar tanta grandeza, exclamaron todos á una vez: "¡jamás hubiéramos podido imaginar que encerrase tanta poesía, tanta belleza, un día sin sol!"

SOFÍA TARTILAN.

FANTASÍA CREPUSCULAR.

I.

Bajo de una añosa encina
que acariciaban las yedras,
junto á su tronco admiré,
del día á la luz postrera,
el hermoso paisaje
en donde brilla el Eresma,
como una cinta de plata
sobre las plantas diversas,
que en vários verdes esmaltan
esa graciosa pradera.
Entre la luz y la sombra
ví la erguida silueta
á lo lejos destacarse
del alcázar altanera,
y como otra atalaya
á la catedral coqueta,
que taladrar á las nubes
acaso, orgullosa, piensa.
¡De qué vaga melodía
el ancho espacio se puebla,
vertiendo calma y quietud
en el alma que la anhela,
como anhela el manso río
llegar á la mar serena,
donde no haya tempestades,
donde jamás la tormenta
azote el débil bajel
que confiado á ella se entrega.

II.

Inocentes avecillas,
que libres voláis ligeras,
sin ansias y sin cuidados,
desde el nido á las laderas
y al claro río do vais
á cantar fieles endechas:
Decidme, piñadas aves,
¿qué dice la brisa leda
cuando suspira en las flores
y amante su cáliz besa?

¿Qué dicen las claras aguas
del río cuando se alejan,
y los blancos corderillos,
que pacen en la pradera?
¿Qué dicen cuando se van
las hojas, que el viento lleva,
y qué dice la campana
de aquella vecina aldea,
que me parece en su són
que compungido se queja.
¿Qué dice el vago rumor
que en la lejana floresta
oigo á intervalos perdido?
¿Es de calma ó de tormenta?
Todo lo anhela saber
mi agitada mente inquieta.

III.

Día que apagas tu luz
con nubes de violeta
y de amaranto y de oro,
que á través de ténues nieblas
van circundando á la luna
con sus galas tan diversas;
vierte tú en el alma mía,
al fulgurar las estrellas,
esa calma, esa quietud
que del mundo nos aleja,
esa calma que tan solo
sabe apreciar el poeta,
él canta en las armonías
de tí, oh, noche serena,
que no duermes mientras brillas
¡oh, noche apacible y bella!
él oye el eco perdido
que se apaga en tus tinieblas,
y canta del mar la calma
si tu luna en ella riela,
y en el cristal de las ondas
que tu clara luz argenta
ve jugustear las ninfas
y oye cantar las sirenas.

IV.

.....
.....
¡Adios! la luz ya se vá:
¡adios! río y alameda,
que sale la blanca luna
ya coronada de estrellas.

Noviembre 18:7.

LUISA DURÁN DE LEÓN.

AMOR.

Si amor es melancólico suspiro,
Si es el amor una ilusión perdida,
Dejadme suspirar eternamente
Y forjar ilusiones mientras viva.

JESUS PANDO Y VALLE.

ONDINA!

Traducida del francés

POR P. JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

(Conclusion.)

—Vamos, querida mía, repuso Julia aprovechando hábilmente aquel momento de vacilación, haz un esfuerzo y rompe esas relaciones que te perjudican y disgustan á tu familia. El rey te resarcirá con creces de tu sacrificio, te lo aseguro. ¿Quiéres que yo misma me encargue de remitir la carta al vizconde?

—No, no, imposible.

—Esta abnegación es un deber, Ondina.

—¡Se me parte el corazón, hermana mía!

—¡Niña! ¿Llorar cuando quiero que subas la primera grada de un trono?

—¡Pobre Roger!

—Tranquilízate, no se morirá por eso.

La marquesa de Villars condujo dulcemente á Ondina al castillo, y después de muchas vacilaciones, la débil criatura consintió en escribir á Bellegarde una carta de despedida, tal como la deseaba su intriguante hermana.

—¿Y qué vas hacer con esta carta? preguntó la jóven con los ojos llenos de lágrimas.

—Remítirla á su destino.

—¡Eres muy cruel, Julia!

—¡Y tú muy niña, Ondina!

V.

ENCUENTRO.

Á las ocho de la noche, Bellegarde, fiel á su promesa, llegó al pie de los muros del castillo de Coevres, ató su caballo al tronco de un árbol, y enjugó el sudor que corría por su frente.

Apenas diera algunos pasos para aproximarse al lugar de la cita, notó que un desconocido, con un saco á la espalda, se dirigía hácia la cerca que defendía el parque, con intencion evidente de escalarla.

—¡Vive Dios! exclamó el vizconde, cuando vió que el desconocido arrojaba el saco al suelo y confirmaba con sus movimientos las sospechas que antes concibiera, por lo visto, buen hombre, profesais decidida afición á los ejercicios gimnásticos!

—¡Vos aquí, señor de Bellegarde! repuso el desconocido visiblemente disgustado, no esperaba encontraros en semejante sitio.

—Ni yo tampoco á vos, señor, contestó Ro-



3 Á 5. SOMBREROS DE ENTRETIEPO.

3. Capota de seda gris perla.

4. Sombrero con ala levantada.

5. Sombrero de paja negra.

ger que habia reconocido á Enrique IV.

—¡Por qué habeis abandonado á Mantes sin mi permiso, vizconde?

—Porque como nada tenía que hacer allí, he pensado que podia ausentarme por algunas horas.

—Podríais, es cierto, pero no debíais, caballero, exclamó el rey con mal humor, ya sabeis que la guerra ha recrudecido, y que cada uno debe de estar en su sitio.

—¡Señor! murmuró Bellegarde, acompañando sus palabras con una sonrisa burlona.

—Si, si, comprendo lo que quereis decir, pero no sé si sabeis que un rey solo toma consejo consigo mismo.

—Os debeis á vuestros subditos, contestó Roger con firmeza, y por lo tanto es una gran imprudencia haber venido á Coevres, cuando las avanzadas enemigas se hallan solo á tres leguas de aquí.

—Por eso me he disfrazado, pero decidme, por qué estais aquí, caballero, preguntó el rey



6 Á 9. TRAJES DE BODA Y RECEPCION.

6. Traje nupcial de faya.

7. Traje nupcial de faya.

8. Traje nupcial de muselina.

Vestido de recepcion.



EL CORREO DE LA MODA

Admon. Montera n.º 11.

Imp. y lit. de LA GUINADA, Pozas, 12.



1311

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras.

Calle de la Montera, número 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



10. Vestido princesa para niña.

fingida calma, pero no os la cedo.

—¿Sois muy atrevido, caballero?

—No, pero pienso que en cuestiones de amor todos los hombres somos iguales, y que yo tengo mis derechos sobre el corazón de Ondina, como vos los teneis sobre la corona de Francia.

—Pues bien, exclamó el rey en el colmo del furor, sacando de debajo de la blusa un par de pistolas; somos iguales, vos defendeis vuestros derechos y yo los ataco: elegid, añadió friamente, presentando las armas á Bellegarde.

—¿Os burlais, señor?

—En manera alguna.

—¿El rey de Francia batirse con uno de sus súbditos?

—Y por que no ¡pardiez! ¿acaso no somos iguales ante el amor?

—Antes que llegar á ese extremo, señor, prefiero....

—Renunciar á vuestras esperanzas ¿no es así?

—Sí... es decir, no... pero en fin... ¡vive Dios, creo que tengo trastornada la cabeza! dijo Bellegarde, fijando sobre las pistolas que le presentaba el rey una mirada terrible.



13. Visita de cachemir.

sumamente irritado.

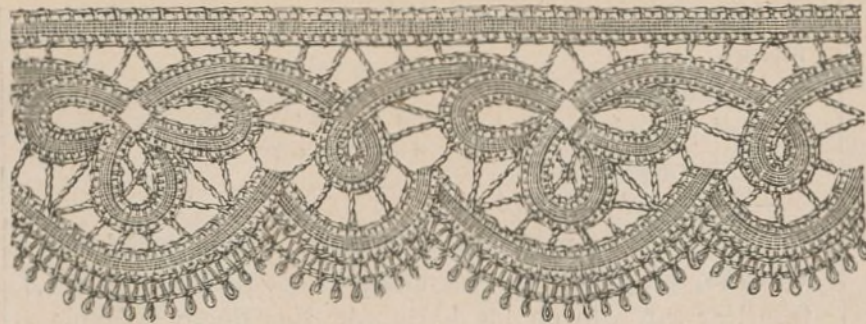
—Para ver á mi prometida.

—¿Á vuestra prometida decís? ¡Ni lo es, ni lo será jamás!

—No os comprendo, señor, exclamó Bellegarde, sintiendo que la cólera le encendía el rostro.

—Me comprendereis cuando os diga que amo á esa jóven, y que os desafío á que me la quiteis.

—Pretendedla, señor, dijo el vizconde cruzándose de brazos con



15. Encaje inglés.

la tratais de más tiempo que yo.

—Entonces fijemos una época, despues de la cual cada uno comprenderá el sentimiento que inspira.

—Aceptado.

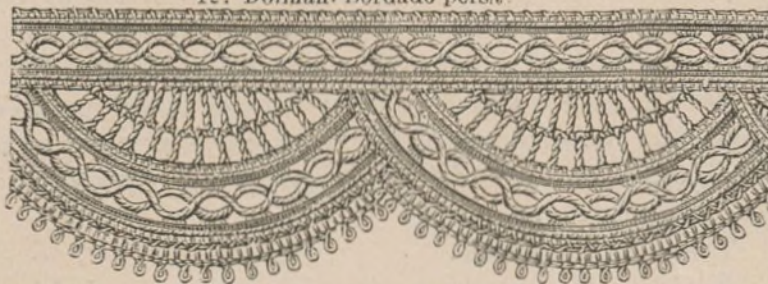
—Por mi parte, señor, juro respetar fielmente este convenio, dijo Bellegarde.

—¿Pardiez! exclamó Enrique IV sonriendo, no, no, las ventajas no son iguales por ambas partes, vos la conocéis y

—Yo tam-



12. Dolman. Bordado persa.



16. Encaje inglés.

—Vamos, decidios, objetó Enrique IV.

—Estoy, decidido, dijo el noble jóven, haciendo un esforzado esfuerzo sobre sí mismo, no me bato, no quiero en este momento juzgar hasta qué punto obra bien mi rey, desvaneciendo la felicidad de un hombre que con toda la sencillez de su corazón, le hizo confidente de sus amores.

—Y que tuvo la imprudencia de decir, añadió el monarca, que Ondina era más bella que Maria de Beauvilliers.

—Por puro entusiasmo, señor.

—Entusiasmo ó no, tenéis razon, y me he enamorado como un loco, ¿tengo yo la culpa?

—No lo se, pero escuchad, señor, ¿estais dispuesto á aceptar una proposicion que voy á haceros?

—Decid.

—¿Quereis que elijamos por árbitro de este debate, á la misma persona que es objeto de él?



11. Vestido plegado para niña.

bien, aseguró el rey.

—¿Pero cuánto tiempo marcaremos para el plazo? preguntó el vizconde.

Los dos rivales guardaron un momento de silencio.

—El preciso para leer esta carta, dijo una voz de mujer desde el otro lado de la cerca.

Ambos caballeros dirigieron sus ojos hácia el parque, y vieron á la señora de Villars que alargaba un papel á Roger. Al enterarse el vizconde del contenido de la carta de Ondina, palideció espantosamente, y se quedó inmóvil como si creyera ser juguete de una horrible pesadilla.

—¿Qué os pasa, Bellegarde? preguntó el rey, parecis conmovido.

—Señor, respondió el jóven con acento profundamente amargo, el oscuro amor de un noble, ha sido eclipsado por el esplendor de vuestro amor real.

—¿Qué decís!

—Leed, murmuró Bellegarde, entregando á Enrique IV la carta de Ondina, ¡jamás hubiera creído que pudiese cambiar tan pronto!

Y despues de algunos momentos de silencio, como si se avergonzara de su debi-



14. Manteleta de faya.

lidad, el vizconde montó á caballo y se alejó rápidamente de aquellos sitios.

El viento que zumbaba lúgubremente entre los árboles, impidió que el desesperado caballero oyese al partir una voz dulce y lastimera que le gritaba débilmente desde el otro lado de la cerca:

—¡Roger, Roger!

Era Ondina, que trataba en vano de sobreponerse á la fatal influencia de su hermana.

—¡Oh! exclamó Enrique IV, escalando la tapia y cayendo ébrio de amor á los pies de la afligida jóven: olvidadle, y pensad que os adoro con delirio!

La encantadora hija del marqués de Cœuvres retrocedió asustada, y al ver al monarca, balbuceó, volviendo la cabeza con disgusto:

—¡Dios mío, qué feo es!

Y desecha en lágrimas, se perdió por entre las umbrías calles del parque.

VI.

UN DÍSTICO Y UN MAUSOLEO.

El monarca no se desanimó por la frialdad y repugnancia de Ondina; esperó con paciencia, y apoyado por la marquesa de Villars, interceptó una carta que la jóven dirigió á Bellegarde protestando su inocencia.

El vizconde, deseando aturdirse, se batió con Aubigné y Marcillac, matando al uno é hiriendo al otro; después, para alejarse de aquellos lugares llenos de amargos recuerdos para él, pidió permiso para pasar á Provenza y ponerse á las órdenes de Lesdiguières, que á la sazón se batía con el duque de Saboya.

Ondina se afigió profundamente al saber la partida de Bellegarde; pero su alma, que no tenía la energía necesaria para sostener largo tiempo una resolución, se fué inclinando bien pronto hacia ese vago olvido de la ausencia, en medio del cual el corazón se adormece, dejando libre acceso á todos los acontecimientos.

No ignorando el monarca, que el amor es un beneficio sujeto á la gratitud, colmó de dignidades á la familia de Cœuvres, atrayéndose así el reconocimiento de Ondina. El reconocimiento que una mujer experimenta hacia un hombre, lleva muy lejos, y bien pronto la jóven, aunque ostensiblemente casada con el baron Damerval de Liancourt, fué la amiga de Enrique IV.

Pasado algun tiempo, y cuando la casualidad puso á Bellegarde ante su antigua amada, el purísimo recuerdo del inocente amor de su juventud se despertó con fuerza en el pecho de la jóven, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

El vizconde ocultó su violenta emoción, revistiendo su fisonomía de severa gravedad.

—¡Ah, caballero de Bellegarde! exclamó Ondina con melancólica sonrisa, ¡cuán cambiado estais! antes erais tan alegre, tan decidido!

—Los años siempre nos modifican un poco, señora, contestó el jóven con el mismo tono.

—Pero son muy pocos los años que han pasado para que hayan dado lugar al cambio completo que se ha verificado en vuestro modo de ser.

—Suficientes para permitirme reflexionar y aprender mucho.

—¿Y habeis por lo ménos aprendido á ser dichoso? Es la mejor de las ciencias y la más difícil.

—No la poseo aún, señora, ¿y vos?

—El fausto no constituye la dicha, murmuró la favorita de Enrique IV, inclinando dulcemente su apenada cabeza, ¡era yo tan feliz en Cœuvres con mi barquilla! ¿os acordais Roger? Algunas veces aún voy allí, pero muy raramente.

—Dichoso tiempo-aquel en efecto, dijo Bellegarde con voz alterada, ¡muja fué la culpa de que desapareciera!

—Os equivocais, vizconde.

—No, no, entonces era un aturrido, no sabía lo que hoy forma mi divisa y ántes dijo un gran poeta.

—Decídmelo, para que á mi vez lo sepa.

—Es un precepto latino, baronesa.

—No importa, decid, sé un poco el italiano y tal vez lo comprenda.

Si tanto lo deseais...

—Sí, sí.

—Pues oíd:

*¡Hei mih! non tutum est, quod ames, laudare sodali;
Quom tibi laudanti credidit, ipse cubit.*

—¿Habeis comprendido?

—Traducidmelo, si os place; no estoy bien segura de haber comprendido.

—Hélo aquí, ¡Ay! es imprudente ensalzar al sér amado ante un amigo, porque si cree tus elogios será tu rival.

—Vuestro poeta tenía razón, dijo la favorita, ¿cómo se llamaba?

—Ovidio, señora, pero Ovidio se olvidó de completar

el precepto, y yo he añadido dos palabras al dístico latino.

—¿Cuáles son?

—*Præsertim regi!*

—¿Qué significan?

—*Sobre todo si es un rey.*

Trascurrió un momento de silencio, después del cual Ondina, que ya no era conocida por este poético nombre, familiar tan solo en los hermosos días de su infancia, cambió de conversacion.

Desde que la encantadora hija del marqués de Cœuvres habia abandonado las tranquilas aguas del Aisne para bogar en el tumultuoso mar de la corte, habia perdido para siempre la alegría: amable y buena para todos, nunca habiera tenido ambicion, si los demás, aprovechándose de su débil carácter, no se la hubiesen sugerido, y esta debilidad la perdió.

El monarca, queriendo cumplir á Ondina la promesa que la hiciera en los primeros días de sus amores, negoció su divorcio con Margarita de Valois y el de la jóven con el baron.

Pero ¡ay! cuando no circula sangre real por las venas no se suben fácilmente las gradas de un trono, y la hermosa y dulce Ondina murió envenenada poco ántes de ceñir á sus sienes la corona de Francia. El áspero camino de la ambicion, que á su pesar emprendiera, le arrebató, primero la tranquilidad, y después la vida.

El rey la habia amado con delirio, y llevó luto por ella como si hubiera sido una princesa, pero bien pronto se consoló de su pérdida con la intimidad que sostuvo con Enriqueta de Balzac de Entragues y Margarita de Montmorency, las dos últimas favoritas.

Solo Bellegarde guardó fielmente el recuerdo de la infortunada hermana de la marquesa de Villars. Compró el castillo de Cœuvres, y en su parque, junto á la ribera del Aisne, hizo edificar un mausoleo donde grabó un nombre que ya todos habian olvidado:

¡ONDINA!

.....

La suave y tierna criatura que con el nombre de Ondina hemos presentado á nuestros lectores, es conocida en la historia del reinado de Enrique IV, con el de Gabriela de Estreés.

E. ENAULT.

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS

NOVELA DE COSTUMBRES

Original

DE ANGELA GRASSI.

(Continuacion.)

Antes este ídolo, al cual rendia un entusiasta culto, era una figura vaga, impalpable, sin nombre; pero desde hacia algun tiempo esta figura aérea habia tomado la voz, el semblante y la noble expresion de Genoveva.

Y Cláudio pensaba en ella de día, soñaba con ella de noche: su recuerdo estaba siempre en el fondo de su pensamiento, su imagen delante de sus ojos.

Cuando la veía cruzar por las habitaciones de enfrente, vestida con un sencillo traje blanco y una flor entre el cabello; su corazón latía de júbilo y entusiasmo; cuando ya no podía divisarla, cerraba los ojos y creía verla aún con los ojos del alma. No tenía la naturaleza para él eco más suave que el eco de su voz dulce y armoniosa, que penetrando hasta lo íntimo de su pecho, conmovía todas sus fibras; no tenían para él ni el sol ni las estrellas fulgores más puros y radiantes que los que despedían sus miradas llenas de melancólica dulzura.

Pero no pensaba jamás en que aquella mujer pudiese descender de su alto pedestal para prodigarle amantes caricias, no ambicionaba que aquel corazón tuviese para él un solo latido.

Tampoco lo deseaba.

Si Genoveva le hubiese ofrecido su amor, se hubiera asustado con la ofrenda, se hubiera creído indigno de recibirla, hubiera retrocedido ante ella trémulo, confuso; avergonzado, seguro de no poder labrar su dicha.

Así, pues, estaba muy lejos de dar un nombre al nuevo y delicioso sentimiento que experimentaba: era un sentimiento dulce, tranquilo, constante, que solo le producía gratos ensueños, vagas é indefinibles emociones: era un sentimiento que no iba acompañado de la esperanza, que no aspiraba ni apetecía la recompensa y que por lo tanto no conocía la lucha.

Era casi un cariño de hermano, pero más suave, más intenso, era como el santo cariño que se profesan entre sí los serafines.

Cuando Eugenio estaba al lado de Genoveva, cuando la hablaba de su amor, Cláudio no tenía celos, gozaba

por el contrario al ver la plácida sonrisa que animaba los labios de la jóven, mientras que si Eugenio se mostraba indiferente, se irritaba y aun le echaba en cara su inexcusable desvío.

Y es que anteponia instintivamente su felicidad á la aghena: era además que en sus sueños, la figura de Eugenio siempre se le aparecía al lado de la de Genoveva: para él eran dos seres indivisibles, y los envolvía á ambos en un mismo santo afecto. ¿No habia sido Eugenio su protector? ¿No le debía la tranquilidad y el bienestar de su familia? ¿Y no era el único digno, entre cuantos hombres conocia, de poseer á Genoveva?

A los ojos de aquellos que no hubiesen tenido la necesaria delicadeza de espíritu para leer en un corazón como el de Cláudio, la idea de que tributase un culto tan apasionado á Genoveva, les hubiera parecido absurda. Cláudio no deseaba verla, no deseaba estar á su lado. No hubiera tenido más que pronunciar una palabra, para acompañarla en sus paseos, en sus diversiones, y lejos de esto lo rehuía constantemente. Subía á su cuarto á la hora de la leccion, y no bien esta se habia concluido, se daba prisa en alejarse. Nunca la dirigía una frase galante, nunca manifestaba impaciencia por las preferencias que dispensaba á los demás, ¡cómo el vulgo materialista habia de creer que la amaba!

Pero Cláudio era un sér aparte y amaba de otro modo. ¿Por qué habia de desear el verla, si su imagen le seguía por todas partes? ¿Por qué dirigirla frases estudiadas, si no ansiaba despertar en ella ni la emoción más ligera?

Era una novela cuyo argumento tegia á solas consigo mismo, y cuyas sublimes páginas solo de Dios y él serian conocidas. Era un amor tan casto, que lo guardaba entre los más ocultos pliegues de su alma, como guardamos cuidadosamente los perfumes para que el aire no los desvirtúe.

Y así se pasaban sus días tranquilos, uniformes, y pudiéramos decir felices.

Una mañana, mientras daba su cotidiana leccion, entró Marcela, y con ese placer que experimentan las almas ruines al dar una mala noticia, exclamó con un tono que queria parecer planídero, pero que rebotaba de una maligna alegría:

—Señorita, ¿no sabe V. lo que pasa? El señor de Gámbara ha echado de casa á su mujer: una vecina suya me lo ha contado todo. ¡Pícaros hombres! Dicen que aquello era una desolacion: las dos niñas se abrazaban llorando á las rodillas de su padre, y cuando vieron que no podían aplacarle y que su madre se iba, corrieron detrás de ella.... Desmelenadas y llorosas, dicen que atravesaron la calle.... ¡lloraban tanto, que daba compasion oirlas!...

—Pero ¿porqué ha sido esto? exclamó Genoveva conmovida: ¿qué delito habia cometido la pobre Juana?

—¡Delito! repuso Marcela; ¿qué delito habia de cometer, si apenas se atrevia á respirar delante de su marido? Su delito consistia en ser una mártir y tener más paciencia que Job. Carecia hasta de lo más preciso; desnuditas estaban ella y sus hijas, y jamás salian á la calle, como no fuese para ir á misa.

—Pero entonces, ¿qué pretexto ha tomado Gámbara para portarse de un modo tan inhumano?

—¡Pretexto! siempre lo hallan los hombres de perverso corazón, que miran á sus mujeres como si fuesen exhalas. Su mujer no pensaba más que en darle gusto, y aun no hablaba cuando ya corría temblando á obedecerle. Esto no le impedía armar á cada instante unas quimeras que se oían en toda la casa, y que tenían escandalizado al vecindario. Los vecinos aseguran que hasta llegaba al extremo de pegarla.

La disputa fué por cierta cantidad, muy pequeña por cierto, que Juana habia dado á una pobre vieja enferma y desvalida. El único lujo que se permitía la pobre Juana, era el de hacer algunas buenas obras. Pero como su marido se lo daba todo tan tasadito, llegaron los últimos días del mes, y la faltó dinero.... ¡Ahí lo tiene V. todo! ¡Pícaro, tunante, cuando él gana lo que quiere, y no escasea nada para su regalo! Coche, butaca en el teatro y francachelas con sus amigos....

En fin, la pobrecita se refugió con sus hijas en la guardilla de la vieja á quien habia socorrido.

¡Ahí lo tiene V. en la calle del Arco de Santa María, número 8, habitando en un desvan, mientras su marido habita en un palacio! Y segun me han dicho está muy mala.... ya se vé, el susto, la pena, ella que es tan tímida.... que de todo se asusta.... La infeliz no hace más que llorar, y se va á morir, si Dios no lo remedia.

Porque de esto hace ya cerca de un mes.... ¡Y qué bien disimulaba el tunante el otro día, que estuvo aquí á comer! ¡Tan tranquilo, tan satisfecho! ¡Y su mujer muriéndose de hambre!

¡Sí, señorita, de hambre! Porque no la quiere pasar nada. Fueron á suplicarle sus hijas, fué á convencerle el

cura de la parroquia; pero nada quiere oír. A todos contesta que su mujer si quiere, acuda a los tribunales, y que solo si la ley lo ordena le dará los alimentos.

Bien sabe él que la infeliz está acobardada tras tantos años de sufrir escaseces y malos tratos, y que se morirá antes que dar un escándalo, antes que poner en ridículo al padre de sus hijas.

¡Pues poquito se alegrará él de saber que está muy enferma! Poquito se alegraría de quedar viudo y libre de escoger esposa rica. Con la dote de esta ya compró su escribanía, y necesita la dote de otra para redondearse!

Cláudio sintió desgarrarse el alma al oír este relato, y acabada la lección se dirigió a su escritorio triste y pensativo. Gemía al pensar en la escasez de medios que le privaba de pagar en aquella ocasión la deuda de su gratitud, y la monedita de plata de la pobre Juana, revoloteaba delante de sus ojos, oprimiéndole el pecho como una pesada losa.

—¡Qué felices son los ricos! suspiraba de vez en cuando; qué felices son, Dios mío!

Aquel día era el último de mes. Al salir del escritorio, el cajero le entregó la paga.

Cláudio sintió palpar su corazón, y un deseo vehementemente se apoderó de su alma.

¡Con la tercera parte de aquella suma, podía minorar la desgracia de la triste abandonada!

¡Pero aquella suma no le pertenecía: pertenecía a su familia!

Cláudio permaneció más de un cuarto de hora apoyado en la mesa y entregado a una espantosa lucha. ¡Aquel dinero le abrasaba las manos!

Cuando dejó la casa de su principal era ya de noche. Quiso dirigirse a la suya, pero por todas las calles que tomaba, iba a parar a la del Arco de Santa María.

Veinte veces retrocedió, y veinte veces una fuerza superior a su voluntad le impulsaba hacia el mismo sitio. ¡Era la fuerza misteriosa de su ardiente caridad!

La última vez se detuvo, cruzó los brazos sobre el pecho, y tras de un instante de meditación, exclamó con firme y entusiasta tono:

—¡Señal! ¡Dios nos ayudará!

Y se lanzó en el portal, y subió sin respirar los noventa y ocho escalones que conducían a la guardilla.

La puerta estaba entornada; Cláudio, no atreviéndose a entrar, llamó y apareció una niña.

Era una niña de blondos cabellos y ojos azul de cielo.

La escalera estaba alumbrada por un farol.

A su opaca luz la niña reconoció a Cláudio y quedó suspensa.

—Mamá está en la cama, dijo con una tristeza impropia de su corta edad.

—Lo sé; ¡quisiera verla! respondió Cláudio tímidamente, si, quisiera verla....

La niña permaneció algunos instantes irresoluta. Luego abrió la puerta de par en par, y se internó en la habitación.

Siguióla Cláudio, y penetró en un cuartito, con alcoba en el fondo.

Era la hora del crepúsculo. Una luz dudosa iluminaba la salita; pero la alcoba estaba sumida en las tinieblas más profundas.

La niña penetró en ella diciendo:

—Mamá, es Cláudio, el escribiente.

El joven solo distinguió en la alcoba una masa informe, que supuso sería el lecho; pero oyó una voz débil que le decía con un acento de infinita dulzura:

—¡Ah, mi buen Cláudio, en qué estado me vuelve V. a ver!

—Dios la amparará a V. como me ha amparado a mí, exclamó el joven vivamente conmovido. Dios ha colocado en mi camino a un ángel que ha trocado en prospera mi adversa suerte.

En casa de mi nuevo principal he sabido su desgracia de V.... ¡Ah, señora, quisiera ser rico, no lo soy!... Hoy he cobrado mi paga.... Acepte V. lo poco que me es dado ofrecerla, como yo acepté lleno de júbilo su dádiva.... Volveré, vendré a velar junto a su lecho de V. si es necesario.... ¡Que Dios le dé a V. paciencia y fortaleza!

Y Cláudio puso con mano trémula las monedas que la destinaba sobre el lecho, y salió rápidamente de la estancia.

Cuando bajaba la escalera, su corazón palpitaba de júbilo. ¡El, tan pobre, había partido su pequeño haber con otro más necesitado! ¡Oh santa caridad del que se priva de lo necesario para remediar la desventura ajena! ¡La preciosa semilla que esparce florecerá en el cielo, y sus frutos serán tan espléndidos, que deslumbrarán hasta las mi-mas miradas del Eterno.

Cláudio subió rápidamente las escaleras de su casa.

—Madre, exclamó al entrar, perdóneme V. ¡Por la primera vez he dispuesto de nuestro capital sin consultarla! ¡Perdóneme V. ¡La esposa de Gámbara gime en la miseria! Su marido la ha abandonado, está enferma....

¡Podía, debía olvidar que ella tuvo piedad de mí en otro tiempo!

Lorenza se levantó con los ojos húmedos de lágrimas, y corrió hacia Cláudio.

—¡Gracias, Dios mío, exclamó con voz temblorosa, gracias por haberme dado un hijo tan bueno!

—Dios te devolverá esa cantidad centuplicada, Cláudio, dijo la abuela levantando las manos al cielo.

—Venid, hijos míos, repuso Lorenza con tono solemne, venid a abrazar a vuestro hermano y procurad imitarle.

Virginia no se lo hizo repetir, se arrojó en los brazos de Cláudio, y le condujo en triunfo hacia Nicolás que también le tendió los brazos e imprimió un ardiente beso en sus mejillas.

Confundiéronse todos en un estrecho abrazo y durante un momento lloraron con esas dulces lágrimas que son el rocío del alma.

—¡Pero nos quedará lo bastante para el mes! preguntó la abuela enjugándose los ojos.

—¡Comeremos sopas! respondió alegremente Virginia, mirando no obstante su costura.

—¡Dios nos ayudará! dijo Cláudio.

—¡Bendigámosle por haber podido hacer un pequeño bien! añadió Lorenza poniéndose de rodillas.

Todos la imitaron.

¡Cuán santa, cuán pura fué la oración que subió hasta el cielo! ¡Ah, con qué inefable alegría el ángel de la guarda de aquellos piadosos seres, la ofrecerá al Dios de amor y caridad inmensurable!

Al día siguiente, Cláudio se dirigió más satisfecho que nunca a su escritorio.

(Se continuará.)

EXPLICACION

DE LA

MAGNÍFICA LÁMINA DE CONFECCIONES

que se da de regalo a las señoras suscriptoras de año y medio año.

FIG. 1.^a Traje para niña de 6 a 9 años.—Vestido inglés de cachemir azul, confeccionado de seda negra adornada con botones de pasamanería, entre dos plisés sostenidos (con una pata al biés. El delantero repite el adorno de la espalda; bolsillitos cuadrados. Sombrero de faya azul con el borde forrado de seda blanca; botinas de cabritilla.

FIG. 2.^a Paletot MERCEDES, que dibuja punta en los costados.—La manga, que sale de la espalda, termina con la union del adorno de plisés, separado de la espalda por una ancha pata que oculta dicha union y termina con el biés orillado de fleco que figura la manga: otro biés paralelo orilla el borde de la confeccion, perdiéndose ambos bajo un cuadrado de plisés que adorna el centro de atras. El cuello está cortado igualmente por plisés, y otro plisé, sostenido por una pata, adorna el delantero hasta el talle. Vestido de cachemir avellana, de extensa cola, guarnecido el bajo con ancho volante fruncido; el delantal, plegado sobre el delantero y las costuras, lleva volante tambien alternando con bieses en escala. Sobre los pliegues de delante se ven largas lazadas de cinta metidas en una anilla de nácar. Sombrero de faya color azufre con guirnalda del color del vestido, adornos punzó ribeteados de oro y agujas de oro.

FIG. 3.^a Gran paletot con rulos en las costuras.—La espalda parece formar solapas, escotándose sobre una pieza lisa sujeta con tres botones a cada lado: una banda plisé, cortada de 10 en 10 cents. por un rulo adorna el centro de la espalda. El delantero es liso y el cuello termina con un lazo. Las mangas llevan una solapa sujeta con tres botones, y ancho fleco de seda guarnece la confeccion todo alrededor.

Vestido de lana gris pálido, adornado en el bajo con un plisé, y túnica, peplum orillada de fleco. Sombrero de paja, forma campana, adornado de faya lila, ramo de lilas y spirit.

FIG. 4.^a Manteleta chal, de tricot ó paño de fantasía con costadillos.—Este lindo abrigo dibuja por atras una larga punta y por delante dos paños tambien largos y cuadrados de abajo. La costura de la espalda va ligeramente metida. La parte que cae sobre el brazo se ajusta como un costadillo y se pierde por delante en forma de neaga en la mitad del paño. La costura del hombro es recta y hecha exactamente sobre el mismo hombro. El adorno consiste en un biés de 8 a 10 cents. puesto entre dos plisés realzados con encaje. Si la manteleta fuese de cachemir el plisé podría ser bordado. Cuello redondo y vuelto cerrado con un lazo de faya; lazadas escalonadas en los extremos de los paños de delante. Vestido de cachemir azul adornado con biés más oscuro en la túnica y plisés más oscuros en la falda. Sombrero de paja bor-

deado de terciopelo negro; adornos, cintas y flores azules con lazadas de terciopelo negro y ruche blanca debajo de la pasa.

FIG. 5.^a Paletot de siciliana.—La espalda lleva cinco costuras ocultas por un grueso rulo. Cuello fichú abierto por atras y con grandes lazadas; mangas largas y entreanchas. Un ancho encaje fruncido guarnece el bajo, y más desmentido las mangas y el cuello, completándose con un adorno de cinta. Los seis adornos en forma de piña aplicados sobre el borde del paletot consisten en pequeños bieses forrados, de 6 cents. de largo sobre 5 de ancho, plegados como pétalos y dispuestos sobre tela de armar con volante plisé todo alrededor. Vestido de faya gris de dos tonos con delantal largo sostenido por quillas plegadas del tono oscuro, en las cuales queda recogida la cola. Sombrero levantado guarnecido con pluma blanca, flores en carnadas y cinta de tafetan negro.

FIG. 6.^a Traje de verano para niña.—Es de popelina, tafetalina y terciopelo. La falda y el delantal plegado, son de popelina. El pequeño y elegante sobretodo de tafetalina a mil rayas y el adorno de terciopelo granate. Sombrerito de paja gris adornado con terciopelo granate y flores; medias escocesas; botitas negras altas.

FIG. 7.^a Traje de paseo y viaje.—Falda de cachemir ó seda negra. Redingot directorio, con tres cuellos de paño color mastig, adornado con pasamanerías negras. Sombrero de paja negra guarnecido con plumas marron.

FIG. 8.^a Traje de paseo y visitas.—Vestido de seda verde manzana adornado con tiras de tela escocesa satinada ó cintas. Se compone de una falda redonda que toca al suelo, adornada con un volante plegado en grupos, alternando estos con tachones de la tela escocesa, una túnica abierta en el costado y un paletot muy largo ceñido abotonado en las puntas. Mantilla de moda con flor en el costado.

Más soluciones a la charada que apareció en el núm 13 de EL CORREO correspondiente al 2 de Abril, por las señoras Doña Concepcion Royo y Doña Candelaria Zapatero, de Valdealgorta; Doña Fermina Rey, de Buitrago, y Doña Jesusa Sanchez, de Torrelavega.

Soluciones a la charada que apareció en el núm 15 de EL CORREO correspondiente al 18 de Abril, por las señoras Doña Tomasa Barrio de Nestar, de Cervera de Pisuerga; Doña Carolina Fortis, de Tarragona; Doña Elisa Manzano Pita, del Ferrol; Doña Dolores Gonzalez, de Barcelona; Doña Teresa Fita, de Valencia; Doña Adela Pedrosa, de Cartagena; Doña Inés Martinez, de Soria; Doña Julita Almenach, de Teruel, y Doña Cándida Suarez, de Madrid.

CAPOTE.

CHARADA.

Primera y cuarta

En plural tengo

En abundancia,

Y yo me alegro:

Que peor fuera

Tener escueto

El mismo sitio

Donde las veo.

Tercia y primera

Sano alimento

Ofrece al hombre

En todo tiempo,

Y de otra especie

La encontraremos

En los carruajes

Nuevos ó viejos.

Es prima y cuarta,

Tambien a un tiempo,

Medida usada

En el comercio:

Mas no en Castilla,

Donde tenemos

Tercia y segunda.

Con dicho objeto.

Significado

Tienen inmenso

Prima y segunda

Como veremos

Si consultamos

Por pasatiempo

El Diccionario

Ó recorremos

En nuestra mente

El mundo entero.

No es paradoja

Lo que va expuesto,

Cuando la prueba

Fácil tenemos.

La tercia y cuarta

La aplicaremos

A varias frutas

Y a otros objetos:

No a la esperanza

Que firma tengo

De ir en el todo

Largo trayecto

Sin sobresalto,

Siempre contento.

JERÓNIMO S. COUDER.

EXPLICACION
DEL

FIGURIN 1.311.

Fig. 1.^a Traje de concierto, teatro ó comedia.—El color del vestido espaldas de rosa, pero puede copiarse en cualquiera otro color. La forma es princesa, el adorno figura coraza corta por delante y túnica detras,

de un paño cuadrado. En realidad no es más que un vestido, en cuyo borde se colocan dos volantes plisés. El delantero va plegado transversalmente en toda su longitud. Galon bordado todo alrededor, que sube en el centro del cuerpo por delante para formar el cuello y baja á adornar en patas las costuras de atras

hasta que empiece el vuelo. Peinado redondo con grupo de flores.

Fig. 2.^a Traje de salón.—Es de moussé cielo salpicado de oro, guarnecido con faya azul oscuro. La forma es de manto de corte con chaleco de faya por delante, cuello vuelto y lazos compuestos de muchas lazadas. La túnica va plegada diag-



17. Cofia con lazadas de cinta.



19. Abanico con país bordado.



24. Berta para el núm. 22

nalmente por delante, y cruza por atrasciñendo la cola. Todo el adorno consiste en plisés de faya. Peinado adornado con horquillas de bolas de oro, que sujetan cadenas del mismo metal.



18. Cofia con lazos y bridas.

OBRAS DE DOÑA ÁNGELA GRASSI que se hallan de venta en esta Administración.

Las riquezas del alma; obra premiada por la Academia Española. Dos tomos, 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.

La gota de agua; obra premiada por aclamación en el concurso Jesus Rodriguez Cao. Un tomo, 4 rs.

El que no stembra no coge; no-

vela de costumbres, 4 rs. en Madrid, 5 en provincias. *Poesías*; un tomo, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

El primer año de matrimonio; un tomo, 5 rs.

El copo de nieve; un tomo, 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.

Marina; un tomo, 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.



20. Abanico con país pintado.



21 Á 27. TRAJES PARA SALON Y PARA CASA.

21. Vestido-blusa para niña.

22. Vestido con cuerpo de peto. (Véanse los núms. 23 y 24.)

23. Espalda del núm. 22.

25. Vestido princesa.

26. Vestido con cola añadida.

27. Vestido para casa.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a, 2.^a, y 4.^a Edición recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1311: las de 1.^a, 3.^a y 4.^a el pliego de dibujos, y las de año y medio año la LAMINA DE REGALO.

Editor-propietario, Carlos Grassi.

Tip. de G. Estrada, Doctor Fourquet 7.

Administración: Montera, 11, Madrid.

CORREO DE LA MODA

3 de Mayo de 1878

(PLAZO NÚM. 9)

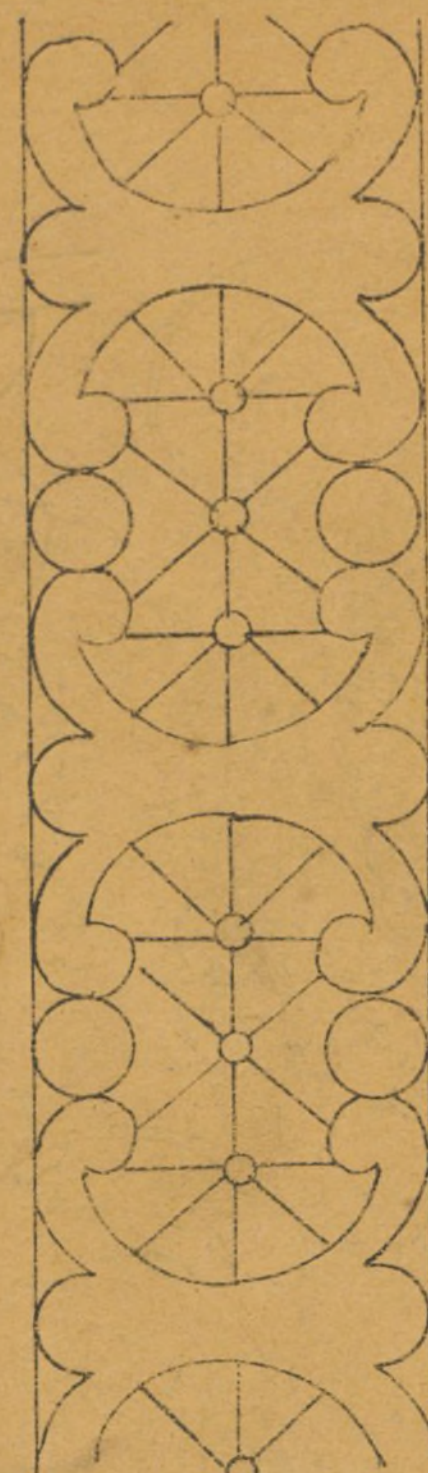
DIBUJOS PARA BORDADOS

Derecho

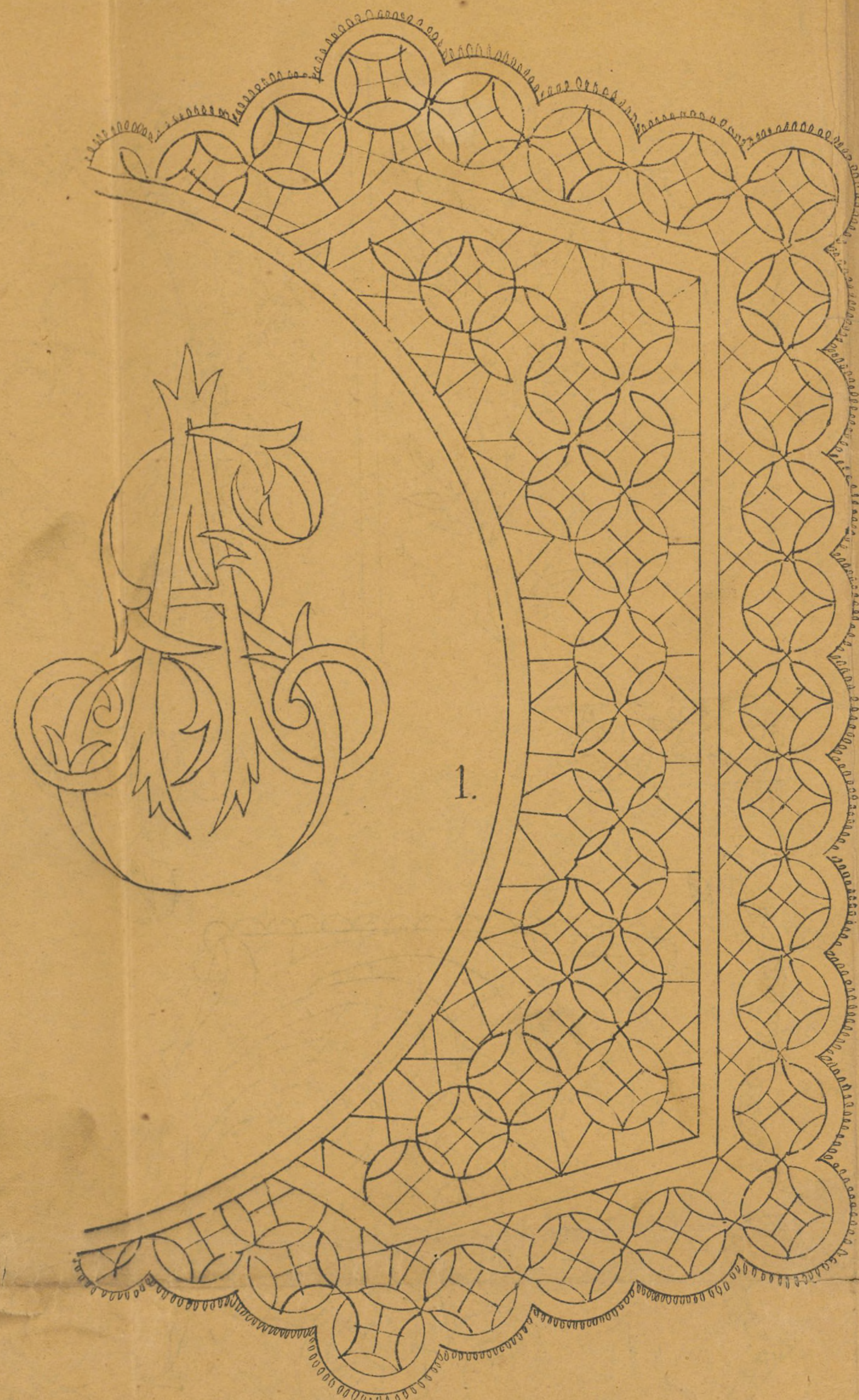
- 1.—Cuello bordado para niño.
- 2.—Pecheras para camisa de hombre. Puntetas, punto de arenila, cordocillo y ojete.
- 3 a 4.—Escudos para pañuelos bordados a plumetas.
- 5 a 32.—Enlaces de letras para ropa blanca. La A combinada con las demás letras del alfabeto.
- 33 a 39.—Cenefas para ropa blanca. Letras y cifras.

Revés.

- 40.—Ángulo bordado con trencilla.
- 41.—Ángulo bordado al pasado y punto ruso.
- 42.—Bordado para medallón.
- 43 a 45.—Delantero, manga y solapa del cuello para chambra. Bordo de guipur, punto de feston y pasado.
- 46 a 50.—Cenefas para ropa blanca.
- 51.—Ramitos para sembrados.
- 52.—Entredós para camisas y pantalones.
- 53.—Cenefas para enaguas.
- 54.—Arasón. Letras floreadas.



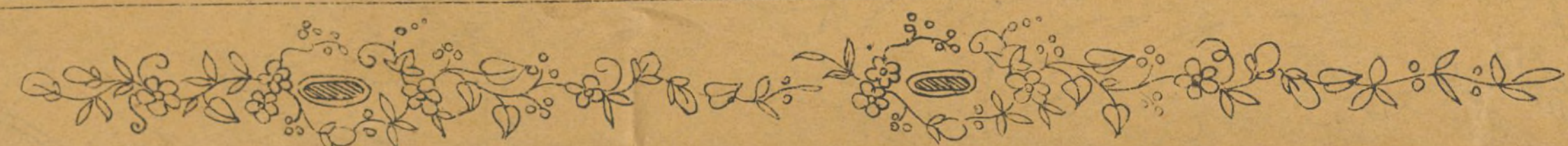
33.



1.



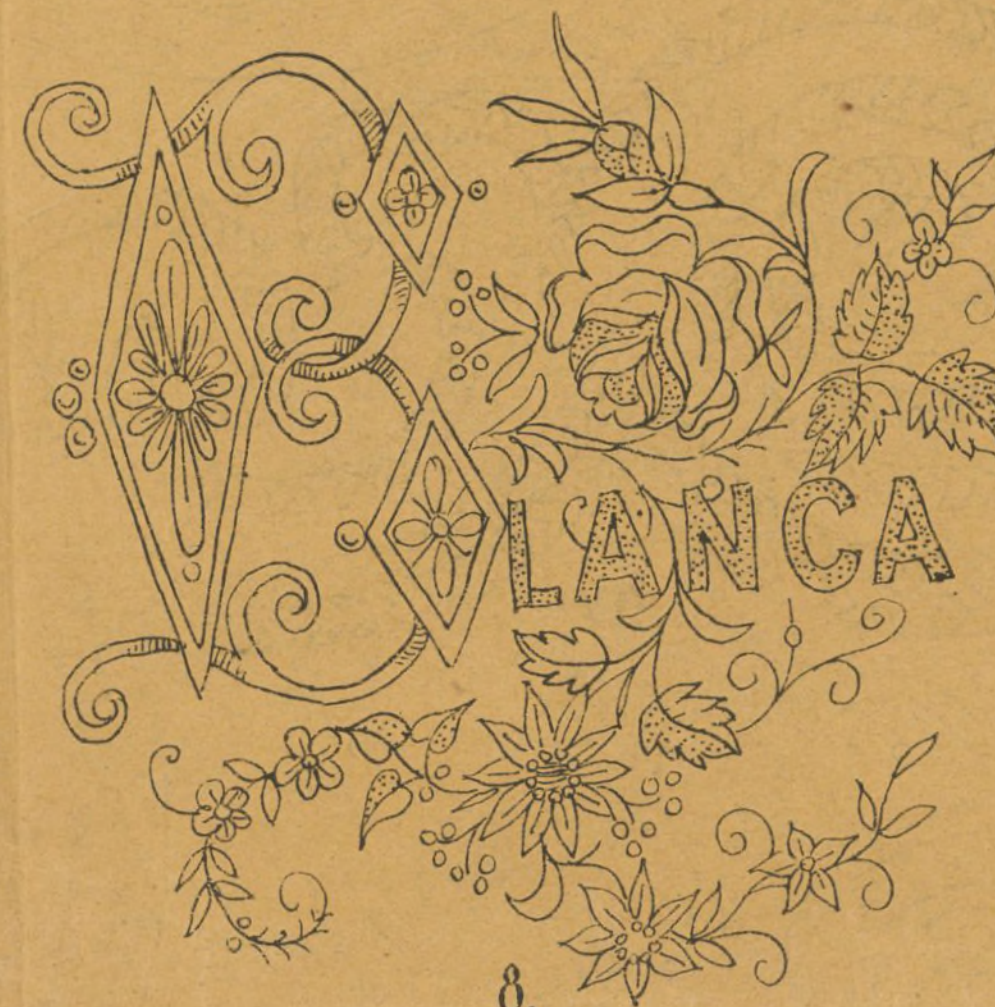
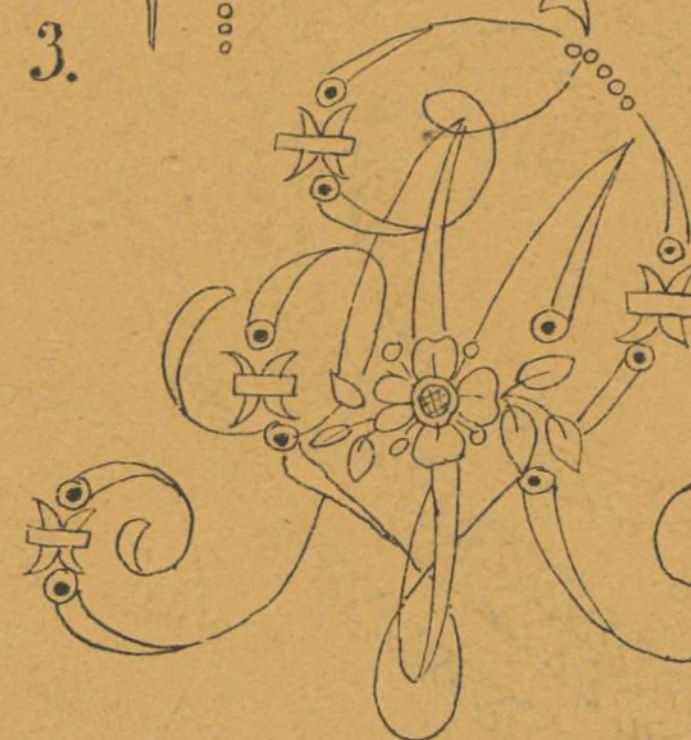
6.



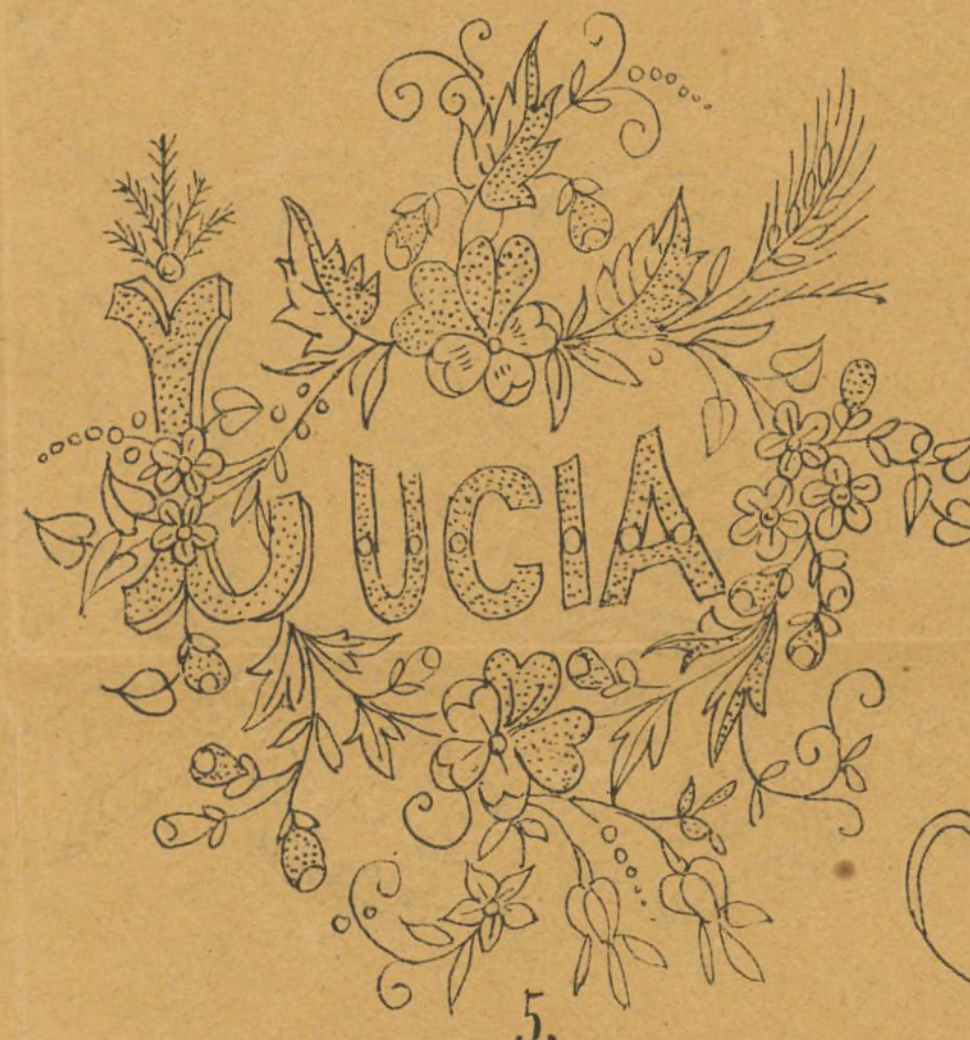
2.



3.



8.



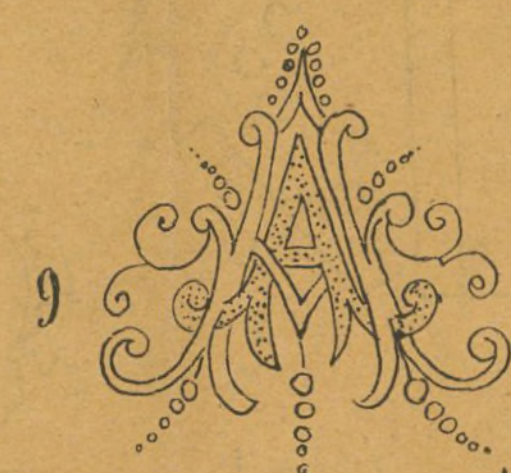
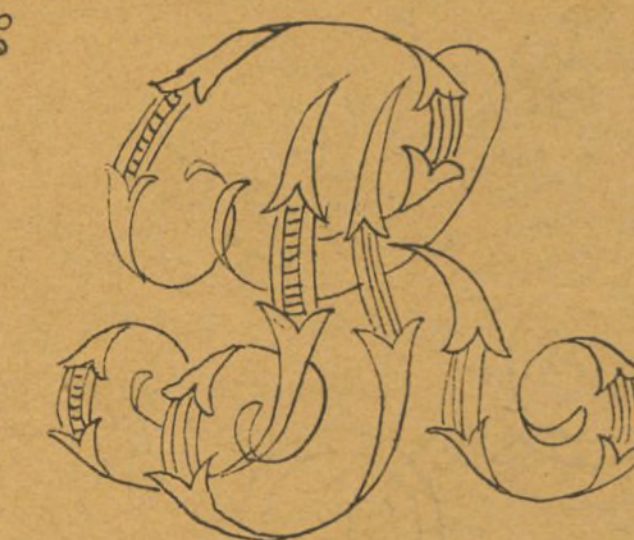
5.



7.



4.



9.

